

La enseñanza de la medicina en los hospitales



La rápida transformación de los sistemas y métodos que se ha hecho evidente en todos los campos de las ciencias médicas en las últimas décadas, ha afectado igualmente y de manera profunda los procesos de enseñanza-aprendizaje, tanto en el ámbito del aula universitaria como en el interior de las salas de nuestros hospitales.

En el curso de pocos años, la enseñanza tradicional, excesivamente formalista, sobrecargada quizás del intento de proporcionar al estudiante un cúmulo de información que poco o ningún efecto tendría después en el ejercicio de su desarrollo profesional, tiende a ser substituida por la aplicación de procedimientos que implican una participación más dinámica por parte del médico en etapa formativa y asimismo por el establecimiento de programas académicos más congruentes con la realidad que en aspectos

de salud pública existen en el país.

Es fácil comprender que la enseñanza tutorial, a veces paternalista, proporcionada a unos pocos elegidos por el maestro cuya palabra era dogma en los nobles y caducos hospitales en cuyo seno tantas generaciones médicas fueron formadas, ya no pudo ser sustentada cuando la demanda de aprendizaje clínico superó todos los límites que hubieran sido previstos. Al mismo tiempo, el advenimiento de las modernas unidades hospitalarias para satisfacer las necesidades siempre crecientes de una población urgida de tener derecho a una atención médica integral, produjo cambios fundamentales en la metodología de la enseñanza, cuyos resultados pueden ser todavía inciertos aunque grande es la voluntad de tornarlos eficaces.

El estudiante que, por primera vez, se introduce en el ambiente de una institución hospita-



laria, sufre, en primer término un efecto de deslumbramiento; cuanto mayores sus dimensiones, su número de camas, su departamento de investigación, sus recursos técnicos, su "aparatoología", más grande la sensación de encontrarse en el núcleo donde la ciencia encuentra su máxima justificación. Se despierta en él la sensación de que ejercer la medicina sin disponer de tales elementos se traduciría en una trágica frustración al impedirle establecer diagnósticos precisos y terapéuticas eficientes.

Más tarde, cuando le es permitido tener acceso a la especialización, por efecto del ejemplo que percibe se desliga cada vez más del conocimiento de otras áreas que no están estrechamente ligadas con su particular campo de acción; y llega en ocasiones a quedar incluido en la definición irónica, pero no desprovista de verdad de lo que es un especialista: alguien que cada día sabe más y más, acerca de menos y menos, hasta que termina por saberlo todo, acerca de casi nada.

Ambos, el alumno que se inicia y el médico que en la residencia profundiza en la especialidad, se sumergen pronto en la rutina. La conversación con el paciente se substituye por la lectura de las notas de expediente; el nombre del enfermo se transforma en un número de cama; tal vez pase desapercibida la integración de un síndrome y la semiología de algunos síntomas, pero sería imperdonable la ausencia de los resultados del ecosonograma o de la electromiografía.

No es su culpa, sin embargo. Mientras no haya un propósito de restablecer el sentido humanístico de la práctica médica por parte de todos los que participamos en ella, estaremos dando lugar a la formación de técnicos probablemente aptos y de operadores posiblemente hábiles, pero pocas veces al médico consciente de su arduo compromiso social.

Si bien sería impropio por anacrónico, intentar volver a los métodos que antaño fue-



ron adecuados, nunca dejará de tener validez la determinación de inculcar en quienes alguna vez tendrán en sus manos la grave responsabilidad de preservar la vida y la salud, el concepto de que el médico puede seguir siendo capaz de logros excelentes cuando pone en juego su disposición de escuchar al enfermo ("oye lo que tu paciente dice: te está dando el diagnóstico"); cuando aplica su buen juicio; cuando aprende a conocer sus limitaciones y, en fin, cuando acepta que el dolor, la invalidez y la muerte, no son sólo problemas que puedan resolverse técnicamente, sino circunstancias que representan el perenne desafío al que se verá expuesto mientras mantenga su decisión de vivir para los demás. □

Dr. Efraín Pineda Guerrero,
Jefe de Enseñanza e Investigación,
Centro Hospitalario "20 de Noviembre",
I.S.S.S.T.E.